



Serie Investigación

GUERRA Y CONFLICTOS
CONTEMPORÁNEOS.
REFLEXIONES GENERALES
PARA EL CASO COLOMBIANO

Miguel María Benito Lázaro
César Augusto Niño González
Coordinadores



UNIVERSIDAD
SERGIO ARBOLEDA

**GUERRA Y CONFLICTOS
CONTEMPORÁNEOS.**
Reflexiones generales para
el caso colombiano

Miguel María Benito Lázaro
César Augusto Niño González
Coordinadores



UNIVERSIDAD
SERGIO ARBOLEDA

Guerra y conflictos contemporáneos: reflexiones generales para el caso colombiano / editores Miguel M. Benito Lázaro, César A. Niño González – Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2018.

211 p.

ISBN: 978-958-8987-84-2 (rústica)

1. GUERRA - HISTORIA 2. GUERRA - COLOMBIA 3. VIOLENCIA - COLOMBIA 4. CONFLICTO ARMADO – COLOMBIA I. Benito Lázaro, Miguel M., editor II. Niño González, César A., editor III. Título 303.6609861 ed. 21

© **GUERRA Y CONFLICTOS CONTEMPORÁNEOS.**
Reflexiones generales para el caso colombiano

José Ángel Hernández García
Miguel M. Benito Lázaro
Jorge H. Rincón Ochoa
Saúl M. Rodríguez
Jerónimo Ríos Sierra
Daniel Arturo Palma Álvarez
Hernando Correa Peraza
César Augusto Niño González
Miguel M. Benito Lázaro
César A. Niño González

ISBN: 978-958-8987-84-2 (*rústica*)

ISBN: 978-958-8987-85-9 (*.pdf*)

Universidad Sergio Arboleda

Edición: Cindy Lorena Roa Ovalle
Carlos Andrés Caho Rodríguez

Junio de 2018.

Fondo de Publicaciones de la
Universidad Sergio Arboleda.

Queda prohibida toda reproducción por cualquier
medio sin previa autorización escrita del editor.

El contenido del libro no representa la opinión de la
Universidad Sergio Arboleda y es responsabilidad del
autor.

Coordinadores:

Miguel María Benito Lázaro
César Augusto Niño González

Director del Fondo de Publicaciones:
Jaime Arturo Barahona Caicedo
jaime.barahona@usa.edu.co

Diagramación:

Jimmy F. Salcedo Sánchez

Calle 74 No. 14-14.

Teléfono: (571) 325 7500 ext. 2131/2260.

Bogotá, D.C.

Calle 18 No. 14A-18.

Teléfonos: (575) 420 3838 - 420 2651.

Santa Marta.

www.usergioarboleda.edu.co

Impresión: DGP Editores

Bogotá, D.C.

*Los coordinadores y autores dedican este libro a la memoria
de Hernando Correa Peraza, colega y amigo (D. E. P.)*

Contenido

PRÓLOGO	7
LA MÁQUINA DE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA: EVOLUCIÓN HISTÓRICA	13
<i>José Ángel Hernández García</i>	
LA INTERVENCIÓN HUMANITARIA Y EL PROBLEMA DE LA REGULACIÓN DE LOS NUEVOS CONFLICTOS EN LA POSGUERRA FRÍA	37
<i>Miguel M. Benito Lázaro</i>	
LA VIOLENCIA EN EL EJERCICIO DE CONSOLIDACIÓN DE LA NACIÓN COLOMBIANA.....	59
<i>Jorge H. Rincón Ochoa</i>	
COLOMBIA ENTRE LOS ALTIBAJOS DEL CONFLICTO Y LA PAZ: UNA MIRADA HISTÓRICA.....	79
<i>Saúl M. Rodríguez</i>	
ESTADO Y PARAESTADO EN EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO. UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA DESDE LA SOCIOLOGÍA.....	107
<i>Jerónimo Ríos Sierra</i>	
HUMANIZACIÓN Y DESHUMANIZACIÓN EN EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO: LA DIVISIÓN DE LA COMUNIDAD ENTRE “NOSOTROS” Y “ELLOS”	131
<i>Daniel Arturo Palma Álvarez</i>	
EL ALETEO DE UNA MARIPOSA: EL EFECTO DEL NARCOTRÁFICO EN EL CONFLICTO COLOMBIANO	153
<i>Hernando Correa Peraza</i>	
LAS “SEGURIDADES” Y EL TERRORISMO: REFLEXIONES PARA UNA COLOMBIA CONTEMPORÁNEA.....	179
<i>César Augusto Niño González</i>	
EPÍLOGO	201
<i>Miguel M. Benito Lázaro</i>	
<i>César A. Niño González</i>	

LA MÁQUINA DE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA: EVOLUCIÓN HISTÓRICA

José Ángel Hernández García¹

Decía Francisco de Quevedo que de la guerra sale la paz, de la paz, abundancias; de la abundancia, ocio; del ocio, vicio; del vicio la guerra. De modo inverso, Ramón Llull creía que de una gran guerra venía una gran paz. Ambos tejían la trama de una relación indisoluble y cíclica. El pensamiento sobre la guerra y la paz viene de antaño, aunque el eje contemporáneo de cualquier reflexión sobre este fenómeno es Carl von Clausewitz (García y Vidarte, 2002) y su sentencia “la guerra es la continuación de la política por otros medios” (Clausewitz, 2005, p. 31) se han convertido en referencias ineludibles, tanto de sus seguidores como de sus críticos, en todo ensayo sobre la guerra.

Clausewitz y el trastrueque de la Revolución Francesa

John Keegan, el historiador británico fallecido en 2012, profesor de Historia Militar en la Real Academia de Sandhurst durante veinte años, discute la validez de las tesis de Clausewitz por su condición histórica (Keegan, 2009 y Keegan, 2014). La experiencia vital del prusiano limita parte de su análisis a las enseñanzas apropiadas para un oficial de regimiento del siglo XVIII. Mary Kaldor (2001) y otros teóricos de las nuevas guerras redundan en la realidad temporal de la obra de Clausewitz. Independientemente de otras consideraciones de Keegan y otros autores sobre la obra clásica de Clausewitz, es cierto que hay que tener en cuenta el contexto y ambiente en el que el autor se desarrolló para comprender su fondo. El contexto de la visión clausewitziana estaba marcado por la

¹ Director del Departamento de Historia adscrito a la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda. Correo electrónico de contacto: jose.hernandez@usa.edu.co.

sacudida total que supuso la Revolución Francesa en 1789 y, sobre todo, las transformaciones en la forma de los Estados europeos.

Desde los acontecimientos de 1791, la Revolución Francesa empezó a ser preocupante para las tradicionales potencias europeas; no solo porque los revolucionarios confinaron al rey de Francia Luis XVI, sino porque las ideas de la Revolución se extendían por el viejo continente y América como pólvora, amenazando un estado de cosas, el orden de las monarquías continentales, que duraba desde la Edad Media y que perviviría aún un siglo más, ya que Revolución y contrarrevolución mantuvieron su pugna por Europa durante gran parte del siglo XIX.

Para el siguiente año, la nueva Francia revolucionaria se vio enfrentada con el resto de potencias europeas: Rusia, Austria, Rusia, España y Reino Unido, cuyas tempranas victorias trocaron en triunfos franceses. A partir de 1793, las tropas revolucionarias invadieron Bélgica, España y algunos territorios italianos acosando de cerca a los prusianos y austriacos. La nueva leva masiva para el Ejército Nacional empezó a dar sus resultados y, a pesar de algunos reveses, la consolidación del nuevo concepto de Ejército francés se imponía. En 1797, el general Napoleón derrotó a los austriacos en Mantua, obligando a su emperador a pedir la paz y entregar algunos territorios en los Países Bajos y en el norte de Italia. Solo los británicos siguieron en guerra con Francia.

Desde 1792, Carl von Clausewitz, quien tenía 12 años, era cadete en un regimiento de infantería, año en el que Prusia, aliándose con Austria, invadió la Francia revolucionaria. Los tres años de campaña, antes de pasar a destinos de guarnición, le marcaron profundamente y condicionaron su peripecia vital, castrense e intelectual (García, 2000, pp. 32 y ss.). La realidad alimenta las inquietudes de cada época y la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas marcaron el ambiente intelectual europeo contemporáneo y posterior. Clausewitz experimentaba en estos años formativos la guerra, a la que dedicaría su obra posterior. Immanuel Kant, en sus últimos años, escribía *Hacia la paz perpetua* (1997) originalmente publicada en 1795.

La movilización total de la nación francesa, para hacer frente a los ejercicios domésticos y foráneos que acosaban la revolución, fue un hito en

la percepción de lo que debía de ser un ejército. A partir de entonces, “la nación en armas” no lucharía por un monarca, cabeza de los Estados dinásticos surgidos en Europa en los siglos modernos, sino por el conjunto de los ciudadanos, quienes eran los depositarios de la soberanía nacional. La guerra en los nuevos Estados-Nación se convertía en ilimitada, irrestricta y total para el fin de la defensa de la nación. La consecuencia del decreto revolucionario francés del 23 de agosto de 1793, la conocida como “*Levée en masse*”, fue una sucesión de victorias inopinadas, pero totales del nuevo ejército nacional galo. Aquel decreto como demostración de que la guerra es una actividad social y que proyecta los valores, principios y prácticas de los grupos humanos a lo largo del tiempo.

Los ejércitos dirigidos por la nobleza fueron avasallados, nunca mejor dicho, por los nuevos ejércitos nacionales. Este avance inexorable en el campo de batalla de los nuevos ejércitos de la Revolución, luego ampliado por el corso Napoleón, llevaron a Clausewitz a un cautiverio en Francia, concretamente en Nancy, donde nuestro teórico militar tuvo, a la sazón, la oportunidad de observar in situ los cambios sociales y su traslación a las estrategias militares consecuencia del advenimiento republicano francés. A partir de ese momento, empezó a ser consciente de la necesidad de una “milicia nacional”, dentro del sistema monárquico en su Prusia natal. A Clausewitz también le quedó una animadversión manifiesta a Francia que se aprecia a lo largo de su obra posterior.

Para 1802, Francia había derrotado a todos sus enemigos de manera inesperada gracias, en parte, a un joven general de 27 años, Napoleón Bonaparte, quien transformó unos cuerpos de harapientos y malnutridos hombres en una máquina de guerra que derrotó repetidamente en el norte de Italia a quien se le opuso, ya fueran piemonteses o austriacos. Estas campañas napoleónicas en Italia son estudiadas obligatoriamente en todas las escuelas militares y son el paradigma de las nuevas estrategias bélicas que supusieron un jalón a partir de ese momento de cómo había que hacer la guerra (Girard, 2010).

Hasta ese momento la fortaleza del ejército francés se había basado en la fuerza de los cañones y el ímpetu de la infantería y sus bayonetas. Napoleón modificó las divisiones, las cuales, a partir de ese momento, estarían

compuestas de las tres armas; es decir, infantería, artillería y caballería. Las tres armas permitían pequeños ejércitos con autonomía operativa sobre el terreno. Esta configuración daba gran flexibilidad a Napoleón para adaptarse a las características de cada campo y momento de las batallas.

Las reformas napoleónicas no pararon ahí y, a partir de 1803, se crearon los cuerpos de ejército compuestos por dos divisiones que podían llegar hasta 4 con una media de 30.000 hombres por división con sus correspondientes piezas de artillería, en la infantería y armados con fusiles, a los que se refirió Napoleón como la más formidable arma constituida por el hombre. Había zapadores, granaderos, carabineros, cazadores. Por su parte, la caballería estaba formada por más de una decena de regimientos de coraceros –flor y nata del ejército francés– y base de lo que empezó a conocerse como la *Grande Armee*, un ejército de casi 800.000 hombres, entre los cuales había desde holandeses a polacos, pasando por italianos y españoles, además de franceses. Con una gran fuerza moral, velocidad, simplicidad y sobre todo carácter para el liderazgo, Napoleón supo ganarse la admiración de sus seguidores y también el odio de sus vencedores, reclamando un sitio entre los mejores estrategas de la historia.

Las tácticas de líneas rígidas y compactas que permitían a la *Grande Armee* adaptarse a todo terreno y que habían triunfado en Marengo, Uma, Jena, Austerlitz, etc., no fueron cuestionadas hasta la inopinada victoria de los españoles en Bailén (Martín, 2005).

A la aparición de aquellos nuevos ejércitos nacionales que disponían de los recursos de un Estado para lograr el objetivo político, se le opondrá una forma de conflicto asimétrico conocido como *guerra de guerrillas*.

La palabra guerrilla tiene su origen en la Península Ibérica y se refiere a la táctica militar consistente en hostigar al enemigo por parte de unidades irregulares ante la imposibilidad de enfrentarse de igual a igual a un ejército constituido. El sufijo “illa”, explica de manera palmaria a qué tipo de acción bélica se alude y a la minusvaloración a la que fue sometida por los pensadores militares de buena parte del siglo XIX, según los cuales era la forma de lucha de los pueblos atrasados y, por tanto, la forma de lucha habitual en los territorios coloniales.

Al mismo tiempo que estos cambios en la práctica y teoría de la guerra se iban a desarrollar, se empezaba a popularizar en Europa, por medio de la traducción del jesuita francés Joseph-Marie Amiot, *El arte de la guerra* de Sun Tzu con el título de *Los trece capítulos* (1772). La obra del militar chino, desde entonces, no ha dejado de hacer sentir su influjo en estrategias occidentales actuales como Norman Schwarzkopf, comandante de las fuerzas de la coalición en la Guerra del Golfo de 1990-1991. Curiosamente, más adelante Clausewitz se constituyó en una influencia decisiva en el pensamiento estratégico oriental, completando un circuito circular en las formas de afrontar los conflictos en el siglo XX en Asia.

En todo caso, es necesario insistir en que las guerras revolucionarias y las reformas napoleónicas solo fueron posibles con la formación de los Estados-Nación. El nuevo orden social y político configuró un nuevo tipo de guerra que Clausewitz fue el primero en desentrañar (Cardona, 2005).

Crimea, la primera guerra moderna y la última antigua: el arte de la guerra cambia

En 1853 estalló la Guerra de Crimea, tal vez, la primera guerra moderna, al mostrar algunas de las características recurrentes, por ejemplo, por ser un conflicto en el que una coalición de países europeos occidentales proyectaba sus ejércitos más allá de su ámbito usual y por ser una de las primeras guerras de las que hay imágenes.

El origen del conflicto estaba en el deseo de la Rusia zarista de tener acceso al Mediterráneo, contra los intereses de Gran Bretaña y Francia, que preferían la presencia otomana como freno a los rusos y potencia en declive más fácil de influir.

Cuando los aliados tomaron Sebastopol en septiembre de 1855, Rusia pidió la paz y el espíritu del Tratado de Viena, que había inspirado las acciones de las cancillerías europeas desde la caída napoleónica, se difuminó. Ya Rusia no sería vista como una igual entre las potencias más poderosas e industrializadas de Europa. La relación industria y capacidad militar era directa; comenta Gordon Graig, la guerra de Crimea destruyó los convenios que permitieron las acciones mancomunadas que mantuvieron la paz entre 1830 y 1854.

Si la Guerra de Crimea respondía al modelo de guerra interestatal clásica, las grandes potencias también tuvieron que aprender a luchar conflictos irregulares y adaptar sus tácticas militares.

Así tuvo que hacerlo el ejército británico en una de las contiendas más sangrientas del tiempo entre los siglos XIX y XX: la guerra anglo-bóer². La táctica guerrillera, aplicada por los campesinos sudafricanos de ascendencia holandesa, explica que cincuenta mil de ellos pudieran tener en jaque a casi medio millón de soldados británicos y de la Commonwealth. Su conocimiento del medio, utilización de ropas camufladas, emboscadas, y lo anticuado del paquidérmico y anquilosado del ejército británico justifica por qué los bóers pusieron en un brete al ejército más poderoso del mundo en la época durante casi un cuarto de siglo.

La imposibilidad de aplastar a los bóers por medios bélicos convencionales llevó al comandante del ejército británico, Lord Kitchener, a adoptar la política de tierra quemada, quemando granjas propiedad de los guerrilleros bóers, confiscando ganado, envenenando pozos, destruyendo cosechas; en definitiva, privando a los valientes y efectivos bóers de cualquier soporte, incluidos las familias de estos a los que se confinó en campos de concentración, casi una cuarta parte de la población afrikáner. Esto, junto a la utilización de desertores bóers, menguó la capacidad de resistencia de estos y su rendición a los británicos, pero sus efectivas tácticas de guerra irregular marcaron pauta y fueron ejemplos para posteriores conflictos bélicos durante el siglo XX y aun hasta nuestros días.

El levantamiento de los bóxers en China de finales de 1900 fue sofocada por una coalición occidental de ocho países (Rusia, Reino Unido, Alemania, Francia, Estados Unidos, Italia, Austria-Hungría, a los que se añadió Japón) que también respondía a la guerra colonial, asimétrica e irregular.

Otra confrontación en la que se entremezclaban elementos propios de la contemporaneidad fue la contienda ruso-japonesa de 1904, la cual enfrentó a una de las principales potencias del Viejo Continente, el Imperio

² En realidad, fueron dos guerras anglo-bóers. La primera se libró entre 1880 y 1881 y la segunda de 1899 a 1902, dándose por concluido el conflicto con la firma del Tratado de Vereeniging. Los afrikáners denominan al conflicto *guerras de liberación*.

Ruso, con un país fuera del ámbito europeo, el Imperio Japonés –que se había abierto al mundo hacía no más de medio siglo–. La sorprendente tecnificación del país nipón en un lapso de tiempo muy corto lo había situado como una de las principales potencias navales y militares del Pacífico, donde, hasta ese momento, las potencias occidentales habían ejercido su dominio militar.

Los desencuentros entre Rusia y Japón –el primero un gigante con pies de barro y el segundo un país con delirios imperialistas nuevos– comenzaron cuando Rusia comenzó a construir el ferrocarril transiberiano hacia Vladivostok y hacia Port Arthur, en un intento de ampliar su influencia sobre Manchuria. En 1896 Rusia y China firmaron un convenio por el cual la flota de guerra rusa podía utilizar Port Arthur como fondeadero y tener libre acceso a todos los puertos chinos. Esto fue considerado como una afrenta por los nipones. Después de la derrota de los bóxer chinos en 1900, todas las potencias vencedoras occidentales se retiraron de China excepto Rusia que se estableció en Manchuria. A partir de ese momento, Japón utilizó todos los medios diplomáticos posibles para que los rusos abandonaran Manchuria y no presionaran en la frontera de Corea. En consecuencia, y reproduciendo la famosa sentencia de Clausewitz, a Japón sólo le quedaba continuar sus esfuerzos políticos por otros medios.

La discordia sobre Corea había centrado el esfuerzo de ambos países, la preponderancia en Oriente Medio estaba en juego y aunque la proximidad del Japón a la zona en disputa les daba cierta ventaja; nadie pensó que una potencia extraeuropea pudiera vencer a otra europea, aunque fuera la rusa con una grave crisis económica y con un gobierno semiabsolutista anacrónico con el germen revolucionario establecido.

El 8 de febrero, la flota rusa de Port Arthur comenzó a ser torpedeada en un ataque sin previo aviso, lo que fue tónica durante la posterior guerra mundial y que marcaba el final de lo que se dio en llamar durante siglos guerras caballerizas. El elemento sorpresa fue utilizado magistralmente por los japoneses que también bloquearon a la flota surta en el puerto de Vladivostok, impidiendo toda posibilidad de ayuda a sus camaradas de Port Arthur.

La toma de Port Arthur por los japoneses fue un varapalo para los rusos, pero la llevada en el Transiberiano de refuerzos colocó en Manchuria a más de 330.000 efectivos rusos. Los japoneses, a pesar de ser ligeramente inferiores en número, adoptaron una actitud ofensiva como se vio en la Batalla de Mukden que le costó carísimo, no sólo en bajas, a Rusia que sustituyó a su general Kuropatkin por ello. En este frente, empezó a utilizarse la lucha de trincheras que se aplicaría profusamente en la posterior Primera Guerra Mundial en el Frente Occidental.

La flota rusa del Pacífico no pudo ser apoyada por la del Báltico, no sólo por la distancia de una a otra, sino por las continuas trabas que los británicos pusieron durante el intento de la primera de llegar al escenario bélico asiático. Finalmente, y tras la estrepitosa derrota naval rusa en Tshima el 27 de mayo de 1905, el Zar Nicolás II decidió comenzar las conversaciones de paz con el Imperio del Sol Naciente. Con la firma del Tratado de Portsmouth y con la mediación norteamericana, Japón conseguía sus objetivos estratégicos: control incontestado sobre Corea y la presencia nipona en Port Arthur a través de arriendo.

Japón se convertía en una potencia mundial con la aquiescencia de Occidente que permitió la primera derrota importante de una potencia europea enfrentada a un país fuera del continente europeo y de raza no blanca. El mundo ya no sería el mismo a partir de ese momento y las guerras se convertirían en globalizadas al intervenir ciudadanos de los cinco continentes (Avilés, 1906).

El orden internacional se estaba construyendo sobre la capacidad de los Estados de librar guerras industriales y nacionales.

La primera guerra globalizada

Los germanos contaban con deshacerse de los franceses tempranamente para ocuparse de los rusos posteriormente. Esto era lo que se conocía como el Plan Schlieffen. El ataque a Francia obviaría las fortificaciones galas penetrando en Bélgica y tomaría París. El plan fracasó, los alemanes se quedaron a pocos kilómetros de París y el frente se estabilizó. A principios de 1916, los alemanes efectuaron una gran ofensiva contra Verdún,

que se convirtió en una auténtica carnicería, pero no se tradujo en una victoria clara para ninguno de los contendientes. En el frente oriental, los alemanes machacaron a los rusos en la Batalla de Tannenberg a finales de agosto de 1914. El estallido de la revolución rusa hizo que los nuevos mandatarios bolcheviques se terminaran retirando de la contienda al necesitar asentar los nuevos mandatarios bolcheviques su poder en Rusia. A través del Tratado de Brest-Litovsk, los rusos entregaban una parte importante de su territorio a los alemanes, permitiendo a estos trasladar efectivos al frente occidental. La entrada de los norteamericanos en 1917 compensó, por parte aliada, la retirada rusa y terminó desequilibrando la balanza a pesar de los vanos intentos ofensivos de los alemanes en marzo de 1918 que agotaron a los germanos u les obligaron a pedir un armisticio inmediato junto con sus aliados otomanos y austriacos (Hart, 2014).

El 27 de octubre de 1918, los alemanes aceptaron comenzar las negociaciones de paz y el Káiser Guillermo II dejó el poder y se exilió en Holanda. El 28 de junio, Alemania rubricaba su rendición en Versalles, después de seis meses de negociaciones, perdiendo la totalidad de sus colonias y amplias zonas de su territorio continental, comprometiéndose a pagar compensaciones de guerra a los vencedores³.

La Gran Guerra de 1914 puede ser considerada una guerra de transición. El que participaran países fuera del viejo continente europeo, y el que las colonias surtieran de tropas y de materias primas a los contendientes, hace de la Primera Guerra Mundial un hito en la historia de las guerras contemporáneas y en la mundialización de las relaciones internacionales (Strachan, 2004).

La Primera Guerra Mundial, ante la imposibilidad de una victoria rápida y contundente por ninguno de los bandos, evolucionó hacia una guerra de trincheras, derivada de los asedios y de la victoria por el desgaste del enemigo. El estancamiento del frente fomentó la investigación y el uso de elementos tecnológicos innovadores como los tanques, los aviones, los

³ En 2010 Alemania terminó de pagar sus últimas deudas de la I Guerra Mundial, con el abono de 70 millones de euros. Tras la suspensión del pago de la deuda por los nazis, con la derrota de estos, el Tratado de Lourdes de 1953 ratificó el abono de la deuda acumulada por la República Federal Alemana.

submarinos; sin olvidar los gases, que lograban lo que las cargas de la infantería y los grandes despliegues de hombres no estaban logrando.

La evolución de lo bélico también llegó a los uniformes. Se abandonaron paulatinamente los vistosos y cromáticos uniformes, para trocar del color caqui que les permitía el camuflaje con el terreno, cuestión aprendida de los insurrectos boers sudafricanos. La utilización de elementos de protección, como el casco, llegó para quedarse definitivamente en la Primera Guerra Mundial.

La artillería –utilizada de manera profusa–, la ametralladora, pistola de rifle –elemento característico de la infantería– presentan una dimensión constante de las guerras interestatales contemporáneas: la del uso intensivo de tecnología. La ciencia y las innovaciones técnicas aplicadas a los conflictos perfeccionaron y mejoraron la efectividad del material bélico, lo que trajo como consecuencia una mortandad sin precedentes, que junto con la desaparición de toda cortapisa moral hicieron que los que vivieron la Primera Guerra Mundial la calificarán como la *Gran Guerra*.

La característica de la Primera Guerra Mundial fue la adopción de tácticas estáticas –léase guerra de trincheras–, a los pocos meses de comienzo del conflicto, lo que se perpetuó durante los cuatro años de guerra en el frente occidental. El 28 de julio de 1914, el heredero de la corona austro-húngara, fue asesinado en Sarajevo por separatistas bosnios; esto desencadenó, justo un mes después, la invasión austriaca del pequeño reino serbio. Sin minusvalorar el magnicidio, nadie pensó que lo anterior fuera la causa de una guerra mundial. Durante el conflicto, se incorporaron 32 naciones, incluyendo a las principales europeas, Estados Unidos y Japón. Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía se enfrentaron a Francia, Rusia y Gran Bretaña. Con el devenir de la contienda, se fueron incorporando otros países que extendieron el área de acción a otros continentes.

Pre calentamiento y campo de pruebas para la II Guerra Mundial

Durante el periodo de entreguerras el advenimiento de las distintas variantes fascistas y el asentamiento de la Unión Soviética no auguraban tiempos sosegados. El rearme alemán, saltándose las disposiciones de

Versalles y las ansias territoriales de Hitler, junto con los delirios imperiales italianos, no eran acotados por las potencias vencedoras de la I Guerra Mundial –lo mismo ocurría con el reforzamiento bélico del Imperio Japonés–. Es el periodo entre las dos guerras mundiales (1918-1939). Un lapso en el que se pondrán a prueba nuevos avances tecnológicos por parte de las potencias que se enfrentarían posteriormente en la II Guerra Mundial.

Conflictos como el de Abisinia o Manchuria avisarán de las nuevas tácticas de guerra, pero será el principal conflicto de entreguerras, la Guerra Civil Española de 1930 a 1939, donde los nuevos avances tecnológicos, tácticas y estrategias se implementarán con mayor fuerza

La inclinación de las potencias por ayudar a uno u otro bando según alineamientos ideológicos durante el conflicto fratricida español tenía, en gran parte, el objetivo de probar la tecnología y la fuerza militar que detentaban y probar las nuevas armas. Se usaron tanques soviéticos T-26 y panzers alemanes que luego se verían las caras durante la II Guerra Mundial. En el ámbito aéreo, se dio el primer puente aéreo de la historia para pasar soldados y armas de África a España y se realizaron bombardeos sobre poblaciones civiles que se generalizaron durante la posterior contienda mundial, la protección de convoyes, bloqueo de puertos contrarios, bombardeos de costa, etc. También fueron implementados experimentalmente en el conflicto hispano (Masoliver, 2008).

En este sentido, el estallido de la Segunda Guerra Mundial no fue una sorpresa y por ello los preparativos para el siguiente conflicto marcaron el Periodo de Entreguerras. Si los franceses plantearon una repetición de las estrategias defensivas empleadas durante la anterior contienda, los una nueva conflagración. Si la construcción de la Línea Maginot, la más grande obra de ingeniería militar de la época, denota la estrategia defensiva de los franceses, la inversión de tropas acorazadas y aéreas de los alemanes fue consecuencia de la obsesión por la rapidez de movimientos que impidiese el estancamiento de los frentes y la prolongación de la Primera Guerra Mundial. Los alemanes se empeñaron en alcanzar la victoria por la movilidad ofensiva frente al anquilosamiento defensivo galo.

Para el ideólogo de lo que luego se llamaría guerra relámpago, o *blitzkrieg* en alemán, Heinz Guderian (2006):

“Only movement brings victory.” [...] We neither can nor wish to devote weeks or even months to reconnaissance; we have no desire to rely on an enormous expenditure of ammunition; what we do want to do is, for a short period of time, to dominate the enemy’s defence in all its depth. We are well aware that with the limited fire-power of our tanks we cannot mount a “planned artillery preparation” or achieve a “concentrated artillery bombardment”; our intention is exactly the contrary, it is to knock out our targets with single, surely aimed shells⁴. (p. 43)

La aceptación por parte de Hitler de las teorías de Guderian, hicieron que la *blitzkrieg* fuera utilizada por los alemanes con éxito manifiesto en la campaña de Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Yugoslavia y Grecia; es decir, hasta 1941, momento en que los *panzer* alemanes se encontraron con la horma de su zapato en las llanuras rusas.

La guerra relámpago necesitaba de una concentración de medios ofensivos como tanques, artillería y aviones en un frente muy estrecho, lo que le permitía a estas fuerzas abrir una brecha en las defensas enemigas, permitiendo la penetración de los tanques entre las defensas enemigas. De manera mancomunada, los bombardeos de la aviación no permitían el re-avituallamiento, sembrando el desconcierto y el pavor, permitiendo a los alemanes terminar cercando al enemigo.

La amplitud del frente oriental, la acometividad y el arrojío soviético, además de la apertura del frente occidental a partir del italiano y Normandía, terminaron derrotando a los alemanes (Burleigh, 2011).

⁴ “Sólo del movimiento sale la victoria”. [...] No podemos ni deseamos dedicar semanas o incluso meses al reconocimiento; no deseamos depender de un enorme gasto de municiones; lo que queremos hacer es, durante un corto período de tiempo, dominar la defensa del enemigo en toda su profundidad. Somos muy conscientes de que con la limitada potencia de fuego de nuestros tanques no podemos montar un “desgaste [del enemigo] por [fuego de] artillería planeado” ni lograr un “bombardeo concentrado de artillería”; nuestra intención es exactamente la contraria, es vencer a nuestros objetivos con proyectiles únicos, apuntados con precisión (p. 43). (Traducción de los coordinadores)

Clausewitz, Sun Tzu y la Guerra Popular

Desde tiempos de Napoleón, la guerra de guerrillas había sido, para las fuerzas con recursos limitados y sin un soporte industrial y tecnológico, relevante a la hora de enfrentar a los grandes ejércitos estatales. Esta táctica militar ya había sido usada con éxito en los procesos independentistas de la América Hispana tanto entre los secesionistas como entre los leales realistas (Carrasco, 2013). Así mismo, había sido usada en conflictos ya mencionados como el de los boer. Curiosamente, los que pensaron en esta forma de lucha volvieron de nuevo a Clausewitz e, incluso, a pensadores anteriores en el tiempo. La idea de la guerra de Clausewitz desde muy temprano gozó de bastante arraigo entre los líderes del mundo comunista. Marx y Engels recomendaban a sus seguidores acercarse a *De la Guerra* para aplicar sus enseñanzas a la lucha revolucionaria (Cardona, 2005, pp. xxiii-xiv y Keegan, 2013, p. 27).

Posteriormente Lenin articuló explícitamente, según Stalin, las tesis marxistas con el clásico aforismo clausewitziano mencionado al principio de estas páginas, concluyendo que la guerra es la continuación de la política por medios agresivos o violentos. Stalin, por su parte, en su labor de “des-leninización” de la U.R.S.S. durante su mandato, critica la admiración de su antecesor por Clausewitz. En la carta de 1942 al Coronel Razin, historiador militar soviético, Stalin motejaba a las teorías del prusiano de ciencia burguesa, no asimilable en su totalidad y solo adaptándose algunas “para darles forma de manera crítica y, sobre bases socio-económicas y políticas nuevas (Derbent, 2004, p. 105)”.

A pesar de los esfuerzos de Stalin, es innegable el influjo de Clausewitz en el llamado mundo marxista, desde el famoso escrito de Lenin *Leyendo a Clausewitz* la influencia de este ha sido evidente, fluctuando desde negarse a aceptarlo como referente, a citarlo continuamente como marco teórico ineludible, hasta la llegada de Mao Tse-Tung como complemento de Clausewitz.

Mao Tse-Tung también era un admirador de Clausewitz. En mayo de 1938, en plena contienda con el Imperio Japonés, decía lo siguiente.

La guerra es la continuación de la política. En este sentido, la guerra es política, y es en su misma una acción política. No ha habido jamás desde los tiempos antiguos, ninguna guerra que no tuviese un carácter político. (...). Pero ninguna guerra tiene sus características peculiares, y en este sentido, no es igual a la política en general. La guerra es la continuación de la política por otros medios. Cuando la política llega a cierta etapa de su desarrollo, más allá de la cual proseguir por los medios habituales, estalla la guerra para barrer el obstáculo del camino. (...). Cuando sea eliminado el obstáculo y conseguido nuestro objetivo político, terminará la guerra. Mientras no se elimine por completo el obstáculo, la guerra tendrá que continuar hasta que se logre completamente el objetivo. [...] Se puede decir entonces que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre (Tse-Tung, 1972, p. 33).

Ya se intuye en este texto la teoría de la guerra prolongada en contraposición de la victoria rápida. Esta teoría, según el luego autor de una de las más grandes y masivas purgas de todos los tiempo, pasaría por tres etapas, a saber: la primera sería la de la ofensiva estratégica del enemigo y la defensiva de las fuerzas propias; la segunda la de la consolidación estratégica del enemigo y la preparación de las fuerzas propias para la contraofensiva; la tercera, la contraofensiva propia y retirada estratégica del enemigo. Era evidente para Mao que la guerra sería prolongada contra los nipones. Aunque los nacionalistas de Chiang Kai-Shek, también enfrentaron a los japoneses, al terminar la contienda el prestigio del disciplinado comunista se afirmó, aún más, cuando vio ratificada su teoría de la guerra popular prolongada. Tal vez Mao, reinterpretando y adaptando conceptos como el de “enemigo absoluto” o el de “guerra popular”, fue quien mejor supo trasladar a Clausewitz a las guerras asimétricas (Cardona, 2005, p. xxvi). Derbent (2004) discute esta idea al considerar que la lucha armada como una técnica neutral, alejándose de la teoría marxista-leninista-maoísta de que la guerra popular de carácter prolongado, es la naturaleza de la lucha.

A diferencia de la admiración de Mao y Lenin, Vo-Nguyen Giap, como Keegan, pensaba en Clausewitz como un ideólogo militar agudo, pero algo obsoleto. Por eso, a pesar de que el secretario general del Partido Comunis-

ta Vietnamita y, luego presidente de Vietnam, Truong Chinh conminaba a la oficialidad del ejército a leer *De la Guerra*, Giap no se había interesado demasiado por Clausewitz. Eso sí, cuando lo leyó, según sus propias palabras “antes de aquel día, pensaba que Clausewitz se había ocupado de las guerras del siglo pasado y no estaba del todo de acuerdo con su opinión de que *la Guerra Popular* debe disponer de amplios espacios que no existen en ningún país de Europa excepto en Rusia” (Giap, 2003, p. 105).

Giap, imbuido ya de las teorías de Clausewitz, como la de la “batalla decisiva”, planteó la batalla de Dien Bien Phu contra los paracaidistas franceses; usó como manual el capítulo “Defensa de las montañas” de *De la guerra*. El control del alto de las estribaciones montañosas se demostró esencial para encerrar a las fuerzas francesas en el valle y doblegarlas.

Tanto Mao como Giap reconocieron otra influencia común para su pensamiento estratégico: *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu.

El arte de la guerra es un tratado clásico con gran influencia sobre personajes como Maquiavelo, Napoleón o el propio Mao. A pesar de tener más de dos mil quinientos años de antigüedad, ninguna de sus máximas y recomendaciones ha quedado obsoleta. Aunque *El arte de la guerra* no es estrictamente un libro sobre la guerra, es un tratado para comprender los límites de esta y buscar una solución. Como dice Sun Tzu “*la mejor victoria es vencer sin combatir*”.

El fundamento del pensamiento de Sun Tzu sobre la guerra se soporta sobre dos principios básicos: *el supremo arte de la guerra es someter al enemigo sin luchar y todo el arte de la guerra se basa en el engaño*.

Como ya se ha mencionado en estas páginas, la influencia del Sun Tzu ha trascendido los límites estrictamente castrenses para, actualmente, aplicarse a los negocios, los deportes y las relaciones diplomáticas.

Guerra Fría y Nuevo Orden Mundial

Terminaba una guerra con ninguna cortapisa moral: los campos de concentración, los bombardeos indiscriminados a ciudades inermes por parte de los dos bandos, empleo de armas químicas, tratamiento de prisioneros

civiles y militares y finalmente la utilización de la bomba atómica fueron ejemplo de lo anterior. Comenzaba, entonces, el periodo conocido como la Guerra Fría, con dos potencias hegemónicas claras tras el colapso de Europa, Estados Unidos y la URSS.

Escribía Alexis de Tocqueville en *La Democracia en América*, publicado originalmente entre 1835 y 1840, esta premonitoria sentencia:

Hay actualmente sobre la Tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen adelantarse hacia la misma meta: son los rusos y los angloamericanos.

Los dos crecieron en la oscuridad y, en tanto que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, ellos se colocaron en el primer rango de las naciones y el mundo conoció casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza.

Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado poco más o menos los límites trazados por la naturaleza, y no tener sino que conservarlos; pero ellos están en crecimiento; todos los demás están detenidos o no adelantan sino con mil esfuerzos; sólo ellos marchan con paso fácil y rápido en una carrera cuyo límite no puede todavía alcanzar la mirada. El norteamericano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso está en pugna con los hombres. El uno combate el desierto y la barbarie; el otro la civilización revestida de todas sus armas: así las conquistas del norteamericano se hacen con la reja del labrador y las del ruso con la espada del soldado.

Para alcanzar su objeto, el primero descansa en el interés personal, y deja obrar sin dirigirlos la fuerza y la razón de los individuos. El segundo concentra en cierto modo en un hombre todo el poder de la sociedad. El uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre.

Su punto de vista es diferente, sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia a sostener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo. (Tocqueville, 1957, pp. 421-422).

Esta premonición, pasmosamente certera, adivina el colosal choque de ideologías irreconciliables que fue la Guerra Fría.

Luego de los continuos fracasos que supusieron las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam después de la Segunda Guerra Mundial —manifestados en el reparto de Alemania por los vencedores—, el panorama mundial estaba presto para un conflicto que duraría más de cuarenta años y en el que no se enfrentaron directamente nunca sus dos principales protagonistas: el liberalismo estadounidense y el totalitarismo soviético.

La Guerra Fría es el periodo histórico donde las armas nucleares se erigen como el elemento esencial de la política internacional. La diplomacia, en consecuencia, estará condicionada a esta circunstancia obligatoriamente. Pronto se llegó a la conclusión de que las armas atómicas existían para no ser utilizadas, esa posibilidad fue un tabú durante toda la Guerra Fría, aunque en alguna ocasión se estuvo cerca de ello como en el conflicto de los misiles de Cuba de 1962. El dedo en el gatillo era una amenaza perpetua, cualquier fallo en el autocontrol, cualquier desequilibrio, supondría la destitución mutua segura. Por ello las guerras convencionales continuaron durante la Guerra Fría, Corea, Vietnam, pero también los nuevos países recién descolonizados en Asia y África y Latinoamérica fueron fichas en el tablero de la Guerra Fría. En este contexto, los servicios de inteligencia, es decir el espionaje, fueron clave tanto en un bloque como en el otro al haber una necesidad grave de conocer sobre el otro. Los rusos demostraron ser auténticos maestros en ello ya desde la época del proyecto Manhattan.

La desinformación llegó a construir un arma maestra de los soviéticos y de su Comité de Seguridad del Estado, KGB, que consiguió movilizar a la opinión pública de amplios sectores occidentales, facilitando los intereses de Moscú, muchas veces, sin que fueran conscientes de ello.

La espiral armamentista se mantuvo en ascenso, y aunque hubo períodos de distensión, esta continuó hasta la llegada del presidente Reagan. Ronald Reagan dio una nueva forma a la política estadounidense, la interior y la exterior. En esta última, adoptó una visión anticomunista no disimulada, apoyando a las guerrillas y gobiernos antisoviéticos, como la Contra nicaragüense o los muyahidín afganos, sin olvidar la dictadura

pinochetista, por lo menos en un principio. El culmen de esta política de oposición frontal a la URSS fue la Iniciativa de Defensa Estratégica o la Guerra de las Galaxias, como se le conoció popularmente.

La Iniciativa de Defensa Estratégica era un proyecto de escudo antimisiles que utilizaba el espacio con fines defensivos a través de nuevos principios físicos como los rayos laser, los rayos microondas, rayos X, etc. Aunque lo proyectado no pudo culminarse, la administración Reagan consiguió impresionar a la opinión pública mundial que se creyó que los Estados Unidos había roto el equilibrio entre las dos potencias. La administración norteamericana gastó 25.000 millones de dólares durante los años ochenta en la guerra de las galaxias y obligó a los soviéticos a invertir dinero en lo que se llamó la “respuesta asimétrica”. Pero la Unión Soviética no era una potencia tecnológica moderna y no pudo parangonar a los estadounidenses, colapsando económicamente. Los norteamericanos vencieron en la Guerra Fría no en el terreno de batalla, sino en el campo económico y tecnológico. La embajadora en la ONU durante la presidencia de Reagan, Jeane Kirkpatrick, lo definió magistralmente: *“los rusos prefieren jugar con nosotros al ajedrez y nosotros al monopoly. La cuestión es si ellos logran darnos mate antes de que estén en bancarrota”*. Lo cierto es que la industria de defensa soviética reventó y con ella la economía y el propio país (Broad, 1986, p. 22) y, con ella, el tipo de conflictos y las formas de violencia (David, 2008, p. 159).

Con esta victoria, Estados Unidos llegó a pensar que podría acomodar el mundo a su modelo social, económico y político, ejerciendo de gendarme planetario. Para Estados Unidos, una vez eliminado el pugilato soviético-norteamericano, el mundo sería una balsa de aceite pacífica. Aconteció todo lo contrario, conflictos latentes, que no se habían manifestado durante la Guerra Fría al no permitirlo bajo ningún concepto las dos potencias hegemónicas, implosionaron.

Estalló el conflicto de los Balcanes de nuevo con la desintegración de Yugoslavia y los atropellos y genocidios que parecían olvidados en la vieja Europa. En África, se dieron innumerables conflictos étnicos con millones de víctimas que la comunidad internacional no fue capaz de prevenir y luego acabar. Oriente Medio con sus hizo parte del fenómeno con secuelas terroristas, dentro y fuera de su ámbito territorial (Ruíz, 2016).

Estados Unidos intentaba liderar el control mundial con poco éxito. El 16 de enero de 1991, Estados Unidos inició la “Operación Tormenta del Desierto” junto con otras 34 naciones. Era la mayor coalición militar desde la Segunda Guerra Mundial. El objetivo inmediato era expulsar a los iraquíes de Kuwait, pero, después de ello, las tensiones entre los países árabes se acentuaron entre los que habían apoyado a Irak y los que se pronunciaron en contra. Además el dictador iraquí Saddam Hussein no fue eliminado por lo que la inestabilidad en la zona continuó (VV.AA., 1974).

Tras el shock que representaron los atentados del 11 de septiembre de 2001 de Nueva York, los Estados Unidos se declararon en guerra contra “el eje del mal” entre los que se encontraba el régimen iraquí. Estados Unidos y sus aliados invadieron el país árabe y acabaron con el sátrapa iraquí en un remedo de juicio. Irak quedó dividido en tres zonas semiindependientes: una para los kurdos, otra para los chiitas y una para los sunnitas, aunque había un gobierno en Bagdad, poco efectivo. Las continuas rebeliones sunnitas, rama religiosa a la que pertenecía Saddam Hussein, obligaron a los norteamericanos a invertir ingentes recursos económicos y militares en el país.

En diciembre de 2001, desaparecía el régimen talibán, al que también se hacía responsable de estar tras los atentados de las torres gemelas. El concejo de seguridad de las Naciones Unidas aprobaba la creación de una fuerza multinacional para soportar y mantener al gobierno de Hamid Karzai, patrocinado por los norteamericanos (Ruíz, 2014). Los talibanes comenzaron a agruparse en Pakistán y comenzaron una guerra de guerrillas que dura hasta el día de hoy.

Los nuevos actores después de la Guerra Fría, como China o la India, dejaron de ser potencias regionales militares, conformándose, de momento, con ser potencias económicas. Lo que quedó de la antigua Unión Soviéticas, es decir la Federación Rusa, no se conformó con seguir relegada después de la Guerra Fría. Rusia, primero con Boris Yeltsin y luego con Vladimir Putin, intentó reverdecer su antiguo poder político y militar irrecuperable a todas luces, pero basado en su arsenal militar, heredado de la época soviética (Truscott, 2005). La incorporación de antiguo miembros del Pacto de Varsovia a la OTAN y el establecimiento de bases

norteamericanas en los países báltico y en las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso ocasionó una furibunda reacción soviética, que, unido a la política contemporizadora de la administración Obama, envalentonó al mandatario ruso, antiguo agente de la KGB, el cual apoyó la secesión de Crimea en Ucrania y al dictador sirio Hafez Al Assad.

La destitución de dictadores en el mundo islámico, dictadores en el poder con la aquiescencia de occidente, dio comienzo a lo que se dio en llamar como “Primavera árabe”. Se creyó que la democracia se instauraría en esos países al desaparecer los autócratas de esos países, pero cuando se convocaban elecciones, las ganaban los integristas islámicos con sus secuelas anti-occidentales (Filiu y Pomes, 2016). Estados Unidos y sus aliados reaccionaron fomentando rebeliones militares como en Egipto o rebeliones civiles armadas como en el caso sirio. Último caso este que no consiguió el derrocamiento del dictador Assad, al ser apoyado por Rusia y una parte de la población del país, enfrentando diplomáticamente a las dos potencias enfrentadas en la Guerra Fría. La llegada de Donald Trump al gobierno de Estados Unidos augura una colaboración política y militar de los dos países tanto en conflicto sirio como en el iraquí (Fottorino, 2017). No olvidemos que el conflicto sirio-iraquí ha ocasionado millones de refugiados a los países limítrofes y a Europa, ovacionando la aparición de propuestas políticas nacionalistas que de llegar al poder podrían generar situaciones complicadas desde el punto de vista militar y político.

En definitiva, la nueva guerra asimétrica se ha instaurado en el concierto bélico mundial. La asimetría convencional, o superioridad tecnológica de los países occidentales, es de tal magnitud que sus hipotéticos oponentes han de buscar la simetría en otros campos. Algunos dan el llamar a esto *Guerras de cuarta generación* (Grautoff, 2007). La utilización de acciones terroristas, escudos humanos, información a través de internet para minar la moral de occidente y sus aliados o los intentos de amenazar con armas de destrucción masiva son algunos ejemplos de esta nueva forma de hacer la guerra de los inferiores en medios. Ya no librará la guerra sólo en el campo de batalla y no se limitará a los medios militares, necesitándose implicar en la seguridad del estado a toda la sociedad (Montoto y de Simón, 2016).

Referencias

- Avilés, J. (1906). *Historia de la guerra ruso-japonesa (1904-1905)*. Barcelona: Ediciones Pons.
- Broad, W. J. (1986). *La verdadera Guerra de las Galaxias. El primer reportaje sobre el proyecto SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica)*. Madrid: Editorial Planeta.
- Burleigh, M. (2011). *Combate moral, una historia de la II Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Taurus.
- Cardona, G. (2005). Estudio preliminar. En C. von Clausewitz (2005). *De la Guerra* (pp. xxiii-xvii). Madrid: La Esfera de los Libros.
- Carrasco, A. (2013). *La guerra interminable. Claves de la Guerra de Guerrillas en España. (1808-1814)*. Madrid: Editorial CSED.
- Clausewitz, C. von (2005). *De la Guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- David, C-P. (2008). *La guerra y la paz. Enfoque contemporáneo sobre la seguridad y la estrategia*. Barcelona: Icaria.
- Derbent, T. (2004). *Clausewitz y la guerra popular*. Bruselas: Ediciones Aden.
- Filiu, J. y Pomes, C. (2016). *La Primavera de los Árabes*. Bogotá: Norma Editorial.
- Fottorino, E. (2017). *¿Quién es Daesh?* Madrid: Editorial Paidós.
- García, J. (2000). *La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- García, J. y Vidarte, F. J. (2002). *Guerra y filosofía. Concepciones de la Guerra en la Historia del Pensamiento*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Giap, V. (2003). *Mémoires 1946-1954: Tome 1, La Résistance encerclée*, Fontenay-sous-Bois: Anako Editeur.
- Girard, R. (2010). *Clausewitz en los extremos*. Buenos Aires: Katz Editores.

- Grautoff, M. (2007). De Clausewitz a la Guerra Asimétrica. Una aproximación empírica. En *Revista de relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, vol. 2, núm. 1, 131-144.
- Guderian, H. (2002 [1952]). *Panzer leader*, Cambridge: Da Capo Press.
- Hart, P. (2014). *La Gran Guerra (1914-1918). Historia militar de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras: la violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Kant, I. (1999). *Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Keegan, J. (2009). *Seis ejércitos en Normandía*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Keegan, J. (2013). *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner.
- Keegan, J. (2014). *Historia de la guerra*. Madrid: Turner.
- Martín, M. (2005). *La Grande Armée: Introducción al ejército de Napoleón*. Madrid: Andrea Press.
- Masoliver, C. (2008). *Estrategia y táctica en la Guerra de España (1936-1929)*. Madrid: Almena Ediciones.
- Montoto J. de. Simón. (2016). *Las guerras del mundo moderno: del fin de la II Guerra Mundial a los conflictos actuales*. Madrid: Editorial Libsa.
- Ruíz, J. (2014). *Afganistán. Claves para entender el presente*. Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Ruíz, J. A. (2016). *Y llegó la barbarie: nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*. Madrid: Ariel.
- Strachan, H. (2004). *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Tocqueville, A. de (1957 [1835-1840]). *La democracia en América*, México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

- Truscott, P. (2005). *Vladimir Putin, líder de la Nueva Rusia*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Tse-Tung, M. (1972). *Obras escogidas de Mao Tse-Tung*. Pekín: Ediciones en lenguas extranjeras.
- VV.AA. (1974). *La tormenta del desierto: La Guerra Civil del Golfo Pérsico*. Barcelona: Ediciones Folio.

